

GUILLERMO ARAYA

LA FILOSOFIA Y LA REFLEXION FILOSOFICA EN RELACION CON EL LENGUAJE

1. *Filosofía y Lenguaje*

UNA PRIMERA comprobación evidente entre los términos de la relación Filosofía y Lenguaje, indica que este último es medio y objeto, al mismo tiempo, de aquélla. Nada puede llamarse filosofía o pensamiento filosófico si no está comunicado por medio de un determinado lenguaje. Y la mención del término lenguaje no debe ser aquí otra que la que se le atribuye en el habla diaria, en el comercio lingüístico cotidiano. Porque hasta ahora, ninguno de los empeños para crear medios especiales de comunicación puede vanagloriarse de haber servido —incluido su creador o creadores— de instrumento para la expresión de ideas originales. La propia logística usa del habla diaria común para introducirnos en su intimidad —que sin ella quedaría muda y desconocida. La Filosofía como disciplina particular o como quehacer específico es, pues, una constelación de sentido que alcanza su ser aprovechándose del común órgano de comunicación que se conoce con el nombre de lengua, idioma o lenguaje.

Pero la filosofía es un empeño de conocimiento totalizador. Esta peculiar creación mental de los hombres aspira a la construcción de un edificio en cuya armazón se ordene la totalidad de los objetos, todo aquello que pueda preocupar de algún modo al entendimiento humano. El lenguaje, como un objeto más entre los múltiples que se ofrecen a la reflexión, es también un sector de la realidad del cual se ocupa la filosofía. De qué manera y con qué resultados se ha ocupado la filosofía del lenguaje, será el motivo de nuestra reflexión en lo que sigue. Pero nuestra aproximación a este tema no terminará allí. Trataremos de buscar una superación de los resultados que obtengamos del estudio de estas relaciones. Salvaremos de la filosofía lo que estimamos como lo más valioso de ella, pero sin que por eso traicionemos o empobrezcamos el objeto cuya iluminación y conocimiento se desea.

Tomaremos de la Filosofía lo que no conspire contra el lenguaje —operación que se realiza universalmente también en relación con otros objetos desde la fundación moderna de la ciencia en el Renacimiento hasta hoy.

Ya la manera cómo encaran el problema de la comunicación de su filosofía separa a los filósofos y por ende a sus respectivos sistemas. Ortega y Gasset es un metaforista por imposición de su pensamiento filosófico. El ha dicho reiteradamente que la metáfora hace más lenguaje al lenguaje y por lo mismo permite ver mejor lo que hay debajo de él. La metralla metafórica evidencia, subrayando, el elemento expresivo propio de las palabras y permite así que éstas sean separadas con menos esfuerzo de las ideas. Como una corteza gruesa y oscura que contrasta por lo mismo mucho más claramente con la blandura y claridad de la pulpa cuanto más oscura y gruesa sea. El estilo de Ortega conlleva —por lo tanto— una ontología implícita de la naturaleza del lenguaje. Sería interesante estudiar las ideas del filósofo en torno al lenguaje teniendo presente esta norma estilística a la cual fue tan fiel. Su pensamiento explícito sobre cuestiones lingüísticas es abundante y permitiría holgadamente un estudio que entre otras cosas comprobaría negativa o afirmativamente hasta qué punto fue coherente con su estilo y sus reflexiones al mismo tiempo.

En los prefacios a la primera y a la segunda edición de la *Crítica de la Razón Pura*, Kant alude al aspecto estilístico de su obra. En ambos casos dice que no ha podido satisfacer esta necesidad, cosa que en definitiva no es tan importante. A pesar de que a lo largo de su obra usará imágenes y metáforas —a veces de gran belleza—, en general, su filosofía no adoptó otro criterio que el de no concederle importancia al aspecto de la comunicación. Aunque se ha expresado¹ que más hubiera valido una *Crítica del Lenguaje* escrita por Kant que su *Crítica de la Razón*, la verdad es que este gran filósofo no toma en cuenta en absoluto el lenguaje en el proceso del conocimiento ni en la estructura del entendimiento. Sensibilidad, entendimiento y razón forman una tríada completamente muda según la analítica kantiana. Para nada su crítica formula ninguno de los problemas lingüísticos que ahora parece forzoso plantearse apenas se ingresa en el campo del conocimiento. No cabe duda que el iusnaturalismo muy siglo XVIII pesa aquí en el pensamiento de Kant como en otros aspectos de su filosofía.

Ortega y Kant forman así una pareja de filósofos antípodas en lo

¹“Hamann ha sugerido que Kant debería haber escrito mejor una *Crítica del Lenguaje* que una *Crítica de*

la *Razón*”. W. M. Urban. *Lenguaje y Realidad*. FCE. México, 1952, p. 10.

que tiene que hacer con el lenguaje. La oposición comienza por aparecer como una simple diferencia estilística, pero apenas se penetra algo en sus sistemas, se puede advertir que en ellos mismos residen apreciables y radicales antinomias acerca de la consideración temática que cada uno hace del lenguaje o acerca del examen de éste en sus relaciones con la comunicación de la filosofía o los demás tópicos del pensamiento filosófico.

De dos modos fundamentales se ocupa del lenguaje la filosofía. De una manera que podríamos llamar *general* y que es aquella en que el filósofo plantea temáticamente el problema del lenguaje dentro de su sistema. Llamamos general este modo porque se trata de analizar con máxima generalidad la naturaleza del lenguaje, su naturaleza propia. Es un capítulo —digamos metafóricamente— de la ontología que por diferentes razones, deciden plantear frontal y separadamente los filósofos. El otro modo cómo la filosofía se ocupa del lenguaje se caracteriza por su aspecto *incidental*. Siendo tema central del pensamiento filosófico, en este caso, otro objeto, se examinan las relaciones en que éste se encuentra con el lenguaje. Dentro de este enfoque tienen cabida todos esos enunciados que tan sugerentes son: *pensamiento y lenguaje, conocimiento y lenguaje, etc.*

Acudamos a la obra de los filósofos para percatarnos cómo y con qué finalidad analizan el lenguaje dentro del primero de estos modos aquí señalados. Porque en la medida en que entendamos su ángulo de análisis será posible comprender su captación del objeto. Y valorar si este objeto por ellos descrito se torna diáfano y abarcable o si hay aspectos del mismo que nos escamotea el filósofo o él está impedido de iluminar por los instrumentos que emplea y las finalidades que persigue. Tomemos dos ejemplos egregios y lo más alejado posibles como garantía de objetividad. Por ejemplo, a Platón y a Husserl.

En el conocidísimo diálogo *Cratilo*, encontramos a Sócrates que razona con dos interlocutores ardorosamente enfrentados entre sí. Estos apasionados jóvenes discuten sobre las palabras. Cratilo afirma que éstas corresponden naturalmente a las cosas (posición *phýsei*). Las palabras estarían en una relación causal con aquello que representan, es decir, serían como un retrato que no se puede alterar libremente. Hermógenes, su contradictor, opina lo opuesto afirmando que entre palabra y cosa no hay relación natural alguna sino una simple convención (posición *théseĩ*). Sócrates, irónicamente según su costumbre y método, ataca y apoya alternativamente a los dos jóvenes atenienses. Y se transforma Sócrates en un gramático acucioso y atento a la realidad de su propia habla, manejando numerosas palabras co-

mo ejemplo de lo que alternativamente defiende o ataca. Así —en apoyo de Cratilo— nos dice que se llama de tal forma a los *hērōes* porque son hijos del amor (*érōs*) entre dios y mortal o a la inversa, y que el nombre de Poseidón se explica porque es *Posidesmos* 'el de los pies encadenados (por el mar) ; etc., etc. Lo mismo, apoyando a Hermógenes, nos dirá que la *l* figura en la palabra *sklērós* 'duro' y que por lo tanto no indica suavidad o blandura como había sostenido antes Cratilo; etc. Si somos lectores cuyo interés por estudiar este diálogo haya sido motivado por el afán de saber qué es el lenguaje para Platón —aunque hayamos ido descartando como limitaciones de la época muchos aspectos del análisis lingüístico que Sócrates ha desplegado ante nosotros— todavía, a esta altura, esperamos confiados que el pensamiento del autor resuma y corone toda la analítica anterior. Pero de pronto —como *deus ex machina*— viene la gran solución que la sentimos como postiza, como algo pensado de una vez y para siempre no ya sólo para el lenguaje sino para cualquier otro objeto. Y todo el aparato gramatical del irónico Sócrates se nos reduce a un simple despliegue teatral, insincero, del cual —en vista de la solución a la que se llega— bien pudo habérsenos hecho gracia. Sócrates, en verdad, lo que ha querido demostrar —apoyando a uno y otro alternativamente— es que el verdadero lenguaje existe en el *topos uranos*, allá en el mundo de las ideas y que el descrito por él a lo largo del diálogo, es un lenguaje contaminado por la realidad que presenta caracteres mezclados e impuros. La naturaleza del lenguaje —del lenguaje humano, de todos los días— no ha estado nunca bajo análisis. Este objeto ha sido usado para probar, una vez más, una metafísica buena para él como para cualquier otro aspecto de la realidad.

Afirman los historiadores de la lingüística que Platón es el creador de la etimología. Esta disciplina habría quedado creada, precisamente, gracias al despliegue lingüístico empírico que realizó Sócrates en el diálogo que estamos comentando. Significa esto que Platón captó un sector, un aspecto, de la realidad del lenguaje. El mismo problema que él plantea aquí —conocido en la jerga de la lingüística como el problema de la *naturaleza del signo lingüístico* ha vuelto ser dilucidado repetidas veces en el campo de dicha ciencia. Significa, entonces, que el pensamiento de Platón aportó conocimientos aunque, como todos, superables, válidos dentro del ámbito de aquellos que por definición se dedican a las cosas del lenguaje: los lingüistas. Esta afirmación es indudable y vale, casi sin excepción, para todo filósofo o sistema filosófico que haya tratado de modo general la naturaleza del lenguaje.

Pero asgamos fuertemente un aspecto que ya indicaba arriba y mostremos cómo la filosofía —si bien coopera notablemente a la conquista del lenguaje para el conocimiento— tiene, intrínsecamente, limitaciones que, como filosofía, no puede superar respecto al cumplimiento cabal de esta finalidad. Esto nos llevará a la búsqueda de la superación de la filosofía en homenaje a la realidad, al objeto, al lenguaje en nuestro caso, aunque para ello sea posible haya que salvar de alguna manera, si no la Filosofía del lenguaje, sí la actitud filosófica ante el lenguaje. Por otra parte, la insistencia sobre el aspecto que retomaremos nos permitirá —más adelante—, trazar una línea histórica que recoja desde un punto de vista más grueso e inequívoco esta superación de la filosofía basada en sus propias limitaciones. ¿Cuál es el cabo que hay que asir fuertemente?: La actitud de Platón —que es la del filósofo en general— de saber desde antes de todas las pruebas y contrapruebas de Sócrates, dónde está el verdadero lenguaje y los caracteres del habla corriente. Platón —por intuición o como sea— tiene una ontología, única y universalmente válida para la realidad, para toda realidad. ¿Analizamos la conducta de los hombres?, ¿nos inquietan las formas de los cuerpos?, ¿el lenguaje? —la respuesta a todas estas preguntas y a cualquiera otra ya está dada antes, incluso de la consideración detenida de cada zona cuestionada. La 'objetividad' propia de cada zona no entra aquí para nada o acaso secundariamente. Hay un achatamiento de la realidad, una igualación de todo, en beneficio de una explicación integral que olvida los caracteres peculiares de cada sector de la objetividad. Cuando Platón piensa sobre el lenguaje, cuando Sócrates nos hace creer que es efectivamente el significado de determinadas palabras lo que le interesa, en verdad, discípulo y maestro, buscan pruebas para una concepción global de la realidad, de los objetos, que ya la tienen por buena antes de este manipuleo con unas cuantas palabras. La conclusión es ésta: el filósofo *empobrece* ónticamente el lenguaje en beneficio de otra cosa que no es, de ninguna manera, su decidido propósito de mostrarnos a plena luz los aspectos del objeto que nos interesa. No enjuiciamos aquí la legitimidad de este afán del filósofo ni menos el valor global de su empeño, pero afirmamos, sin menos énfasis, que no es la captación plena del lenguaje la que sale favorecida con esta manera de trabajar del filósofo. Por el contrario, ónticamente, el lenguaje se sacrifica a cambio de beneficios que no cosecha el que quiere ver —nada más ni nada menos— claramente qué es el lenguaje, en sí mismo y en su plenitud total.

Con lo dicho hasta aquí resultará sin más explicable lo que ocurre con la concepción del lenguaje de Husserl, como con lo de cualquier

otro filósofo². Husserl es una comprobación contemporánea de lo que hemos indicado en el caso de Platón. Si bien es cierto que el lenguaje no ocupa un lugar central en su filosofía³, no se puede olvidar que desde las *Investigaciones Lógicas* no ha podido soslayar la presencia de éste. Pero, abreviadamente, ¿qué aspectos del lenguaje merecerán su atención? Exclusivamente, el aspecto representativo, la función conceptual del lenguaje. Cuando, contemporáneamente a él, por diferentes caminos y en forma arrolladora, múltiples lingüistas están descubriendo las funciones no lógicas del lenguaje y fundando la estilística, Husserl remoja el bimilenario logicismo que ha encanijado sostenidamente la concepción ontológica del lenguaje. Como he dicho en otra oportunidad, la lógica fenomenológica es superior a la vieja lógica y esto permite que Husserl resalte aspectos importantes de la representación y aún que presente soluciones aparentemente nuevas o viejos problemas⁴, pero en todo caso su lógica no deja de ser tal. La naturaleza del lenguaje que puede espigarse de los escritos de Husserl no arranca, una vez más, del acoso tenaz y desprejuiciado del objeto mismo. Otra vez volvemos a encontrar una visión del lenguaje que es buena para la concepción fenomenológica de la realidad, pero infiel al objeto mismo. Como es natural, la peculiaridad óptica del habla de todos los días se somete al orden general de un sistema metafísico.

La preocupación *incidental* que despliega el filósofo en torno al lenguaje, admite también la explicitación de algunas características netas acerca de las relaciones entre Filosofía y Lenguaje. En el caso que dentro de la ontología algún sistema filosófico acuerde atención especial al lenguaje, sólo será para indicar el sector de la objetividad que éste ocupa. Como es lógico, el lugar del lenguaje dentro de esta ontología determinada lo especifica sólo contrastivamente con otros amplios sectores de la realidad, pero no profundiza en sus aspectos peculiares. Esto, sanamente, no se le podría pedir a la filosofía ni a ningún sistema filosófico. En el siglo xx, se tiende, sin embargo, a

²En mi estudio *Las Dimensiones Semánticas del Lenguaje*, me he ocupado con más detenimiento sobre esta concepción lingüística. Dicho estudio aparecerá publicado en la revista *Mapocho*.

³"El lenguaje no ha sido propiamente y en su plenitud objeto último de investigaciones de Husserl. Los múltiples estudios sobre fenómenos

lingüísticos que encontramos en su obra están subordinados a otros fines teóricos, más amplios..." Félix Martínez Bonati. *La Concepción del Lenguaje en la Filosofía de Husserl*. Ediciones AUCH. Stgo., 1960. p. 12.

⁴La significación (esencialmente ocasional de los mostrativos), por ejemplo. V. mi estudio citado en nota 2.

una magnificación del puesto del lenguaje dentro de las preocupaciones filosóficas⁵. Pero, sin duda, será ésta una filosofía derivada —en lo que respecta al lenguaje— de la lingüística. En otros casos, sólo se dirán unas cuantas palabras acerca de las relaciones existentes entre la disciplina filosófica en cuestión y el lenguaje. Universalmente en los tratados de lógica, por ejemplo, se harán afirmaciones que son verdadera caricatura acerca de lo que es el lenguaje sobre sus funciones. También es explicable que así sea porque lo que, en estos casos interesa al filósofo, es su tema central y sólo de manera introductoria y de pasada se refiere a lo que es ajeno a su empeño.

Esta clase de preocupación filosófica por el lenguaje no ha rendido resultados de interés para la aclaración de la naturaleza del lenguaje. No merece, pues, que nos detengamos mucho tiempo en ella.

La desconfianza, fundada, que los filósofos tienen acerca de la capacidad conceptual del lenguaje, explica un tercer tipo de relación entre Filosofía y Lenguaje. Indicábamos arriba la diferente postura estilística de Ortega y Kant. Transformar en tema de reflexión y de estudio la capacidad del lenguaje para servir de medio de comunicación al pensamiento filosófico, constituye una tercera clase de relación sobre la que caben algunas consideraciones⁶.

Con antecedentes en Raimundo Lulio y con orígenes modernos en Leibniz, perduran hasta hoy dos tendencias paralelas que aspiran a la creación de lenguas artificiales. Pero ambas divergen notoriamente en cuanto a su finalidad. Una pretende la obtención de una lengua universal que rompa el aislamiento que introducen las lenguas históricas. El esperanto, wolapük, interlingue, etc., son sucesivas documentaciones de tal empeño. La búsqueda de un sistema comunicativo que sirva a una colectividad humana lo más amplia posible caracteriza necesariamente estos esfuerzos. Pero también para las necesidades de la filosofía son numerosos los intentos de formular una lengua artificial. La logística, modernamente, representa uno de tales empeños últimos. ¿Qué se propone el filósofo al tratar de construir un lenguaje adecuado para su pensamiento? ¿Por qué realiza tal duro trabajo poseyendo, naturalmente, un medio de expresión rico y dócil en su lengua moderna? Con un idioma especial, la filosofía —como las ciencias— obtendrían una serie de ventajas prácticas: evitación de traducciones, facilidad en la comunicación directa de los científicos y filóso-

⁵“El lenguaje es el último y el más profundo problema del pensamiento filosófico”. Urban, *op. cit.*, p. 13.

⁶No trataremos aquí de todas las implicaciones que el tema suscita. Tal empeño tiene que ser objeto de un estudio particular.

fos —como el latín para la iglesia católica—, etc. Pero a estas ventajas prácticas se agregaría una que es la que más interesa a los filósofos: que sus ideas se objetivarían en un instrumento diáfano, especial para la expresión de la especulación filosófica, libre de las contaminaciones, imprecisiones e inadecuación múltiple, que caracteriza al lenguaje de todos los días. Porque esa lengua artificial sólo sería empleada en la comunicación filosófica para que no fuera impurificada por el resto de las necesidades expresivas que son las que tornan inapropiado, filosóficamente, al idioma común. En estas tentativas de los filósofos hay una valoración implícita del lenguaje corriente. Tal valoración puede expresarse así: 'la lengua común es un medio impreciso e ineficaz para la expresión adecuada del pensamiento riguroso, para la comunicación de la filosofía'. Esta premisa es la que conduce a intentar la superación del habla diaria mediante la invención de una lengua especial. Esta ontología implícita es la que habría que dilucidar y exponer analíticamente para apropiarnos de todo el objeto, del lenguaje con sus propias determinaciones. Pero el filósofo tiende —universalmente— a la búsqueda de un sustituto del lenguaje corriente y no al análisis integral del mismo. Aunque en los hechos —y contra su pensar y su hacer explícito— la gran filosofía supera las inconvenientes del habla común internamente, por superación en el hablar mismo del filósofo, de cada filósofo. Por eso, por otra parte, se explica que no haya otra clase de testimonio de la filosofía que la literatura filosófica que está hecha en su totalidad con el lenguaje de todos los hombres.

Hay otro creador de sentido que aspira también a un código especial y único, lo más alejado posible del habla diaria. Aunque este creador se opone polarmente al filósofo, coincide con él en este sueño de poseer un sistema propio de comunicación. El lírico, el poeta, querría también que su impresión, su sentimiento personalísimo, su honda vivencia de un paisaje, fueran acuñados en signos asépticos, libres de toda otra experiencia anterior que desfiguraría y ocultaría su yo profundo y único. Paradojalmente, el mejor lenguaje imaginable para el poeta es aquél que no pertenezca sino a él sólo, es decir, aquél que no presuponga un auditor porque éste significa ya una profanación de su honda y personalísima intimidad. Es mucho más que una broma lo que a veces se ha hecho, para ilustrar esto, cuando junto con entregar al editor un haz de cuartillas totalmente en blanco se le ha dicho: "he aquí mi mejor libro". Pero nuevamente, la superación del lenguaje no se obtiene a lo Marinetti acabando con la conjugación, o a lo T. Tzara mezclando, caprichosamente, elementos de cuatro o más len-

guas. La gran poesía, como la gran filosofía, superan los inconvenientes del lenguaje a través del lenguaje mismo.

A mi manera de ver, la Filosofía aspira a la creación de un código especial de comunicación porque no acaba de entender cabalmente la naturaleza del lenguaje. Todos estos empeños revelan de manera evidente que una comprensión adecuada del ser del lenguaje no se puede obtener a través de la filosofía, especialmente de los sistemas filosóficos. Sea tratando el lenguaje desde un punto de vista *general* o *incidental*, sea buscando sustitutos del mismo, la filosofía se nos revela como negadora del objeto o como subsumidora de su objetividad específica en órdenes más generales entre los cuales su tipicidad se esfuma. Por otra parte, en una medida importante, los esfuerzos de los filósofos ayudan a comprender lo que el lenguaje es; sea porque plantean problemas que aunque ellos los solucionen en vistas a sus propias finalidades atañen realmente al lenguaje; sea porque descubren aspectos que luego la investigación empírica profundiza y ordena.

II. La Reflexión Filosófica y el Lenguaje

De lo expuesto hasta aquí puede desprenderse que el pensamiento filosófico sobre el lenguaje tiene un aspecto positivo que es el que produce incisiones sobre el objeto que sirven después de cantera a la investigación empírica. Dentro del haber de la filosofía del lenguaje está además la formulación de problemas que está en la obligación, también, de plantearse el lingüista. Pero debe señalarse en la filosofía del lenguaje otro hecho, que si bien no puede llamarse negativo, tiene un perfil diferente al anterior. La filosofía se preocupa del lenguaje *interesadamente*, no atenta a su íntima y peculiar realidad, sino con la vista puesta en el sistema general de su doctrina o en las ideas básicas que el filósofo —cuando no es sistemático— aplica como palancas fundamentales a su concepción de los objetos y de los problemas. Por último, las repetidas tentativas de los filósofos encaminadas a construirse su propio idioma en reemplazo del común a todos los hombres, revela, de una manera casi caricaturesca, la incomprensión honda que hay de la propia naturaleza del lenguaje en sectores importantes del pensamiento filosófico. Tiene su contrapartida esta actitud, en la profunda equivocación en que están respecto de la filosofía algunos de sus cultivadores que quieren reducirla a una *Semántica Filosófica*.

Podría juzgarse que este pensamiento *interesado* de la filosofía en el lenguaje es cosa que afecta a algunos sistemas o escuelas filosóficas,

pero que tal actitud podría ser superada por otros filósofos o sistemas. Puestos en esta pista, se agregaría, que lo dicho por nosotros sólo tendría aplicación para las doctrinas filosóficas concretas a las que aquí hemos aludido, no para otras. Esta réplica es una simple ilusión. Necesariamente, por exigencia de los problemas que interesan a la filosofía y por su finalidad, toda postura filosófica que surja desde la filosofía, tendrá que referirse al lenguaje con este ángulo de enfoque. Esto no afecta, obviamente, sólo al lenguaje. Ocurre lo mismo con el resto de la realidad. Pedir a la filosofía que examine el lenguaje desde un punto de vista no general, no totalizador, es tanto como pedirle que deje de ser filosofía. Hemos presentado una aproximación de la filosofía al lenguaje que caracteriza a cualquiera filosofía, a la filosofía en general. Por eso, sería vano esperar una iluminación mayor de nuestro objeto dentro de un modo de enfocarlo que, necesariamente, atiende más a su propia coherencia como sistema general que a los perfiles ónticos propios y caracterizadores del lenguaje mismo.

¿Vale, entonces, la pena reflexionar *a la manera de* la filosofía sobre el lenguaje? ¿O, sencillamente, toda la labor lingüística debe reducirse a investigaciones empíricas, de meros hechos? Este par de preguntas es el que conviene responder cabalmente para no pasar, puerilmente, como ya ocurrió en el caso de la actitud positivista decimonónica, de un extremo a otro, de una postura radical a otra tan radical como la que se acaba de rechazar por improductiva. ¿Y cuál será la fórmula que permita combinar las ventajas del pensamiento filosófico sin que por eso se escamotee el objeto? Dicho brevemente: aquélla que armonice la exigencia de generalidad máxima con la fidelidad también máxima al sector de la realidad cuyo conocimiento nos interesa. Esto es posible —y no sólo teóricamente— sino que de hecho esta modalidad de trabajo tiene ya existencia consagrada por sus resultados y por la bibliografía que ha producido. Este modo de la investigación del lenguaje es lo que se llama Teoría del Lenguaje o Lingüística Teórica (todavía muy a menudo mal nombrada con la determinación de Lingüística General).

Se trata, por lo tanto, de realizar una ontología que atienda decidida y únicamente al lenguaje, pero que sea al mismo tiempo ontología propiamente. Significa esto que la descripción del objeto debe hacerse atendiendo a todo él, abarcándolo íntegramente, en su generalidad. No tener por todo el lenguaje la descripción estructural y funcional de cada sistema como interesa al gramático. No pretender que la totalidad del objeto se reduce a una buena desarticulación de sus elementos componentes aunque sea mediante el método comparativo.

Pero tampoco aproximarse al lenguaje humano con los instrumentos del lógico o del filósofo que quiere abarcar la totalidad de los problemas.

Toda ciencia —y aceleradamente desde el Renacimiento hasta hoy— es en la teoría y en la práctica una ontología particular. Ninguna plantea los problemas generales de la objetividad —ontología filosófica—, pero sí plantea una cantidad infinitamente mayor de asuntos que interesan a su propia objetividad, a su propio objeto de estudio. Este movimiento asombroso de ahondamiento ontológico particular cumplido por cada ciencia, hace que la filosofía haya perdido vigencia en territorios que antes le pertenecían como a dueña absoluta. Este desarrollo histórico comprobable hasta la saciedad en el conjunto del conocimiento humano, explica que desde hace ya mucho tiempo, las investigaciones más fecundas en el sentido de que permiten mayor captación de las diferentes realidades, proceden de las diversas ciencias y no de la filosofía. Tales investigaciones están destinadas siempre al sector correspondiente de la ciencia en cuestión y por eso mismo posibilitan una intelección más plena de su propio objeto. La ontología particular permite así llevar adelante el rescate para el conocimiento de lo que sólo bajo generalidades quedaba subsumido en los diferentes sistemas filosóficos. Por otra parte, a su favor tiene la filosofía que —liberada así de la geología ontológica— queda libre para formular métodos de valor universal y lineamientos más purificados de contradicciones menores. ¿Qué aspecto importante de la realidad física puede descubrir la filosofía frente a la vertiginosa horadación de este mismo sector que desde hace algunos siglos viene realizando la micro y macrofísica? ¿Qué hecho importante pueden señalar los filósofos en el conjunto de los seres vivos? Sin embargo obras como las de Darwin y Einstein —biólogo y físico respectivamente, no filósofos— han causado revolucionarios avances en sus respectivas ciencias. ¿Por qué ha ocurrido esto? Porque, sencillamente, estas obras han revelado más aspectos y nuevos enfoques dentro de tales ontologías particulares. A su vez el método dialéctico de Hegel y el método fenomenológico de Husserl se pueden aplicar prácticamente a toda la realidad. Esta operación de mutua liberación abarca todos los sectores del conocimiento. El lenguaje no queda ni puede quedar al margen de este movimiento histórico arrollador.

Pero no es tan fácil arrebatarse la ontología del lenguaje a sus antiguos poseedores. Como tampoco a otros hombres de ciencia que por milenios han tenido una mirada miope que les ha impedido verlo en toda su generalidad. (Permítaseme decir aquí que la miopía es una

enfermedad muy frecuente entre gramáticos). Se agrega a éstos, una serie de interesados por diferentes motivos muy justificables. El lenguaje es el único instrumento cabal de comunicación entre los hombres y por eso aparece perteneciendo primariamente, a todos los hablantes. Los escritores, los sociólogos, los antropólogos, los pedagogos, etc., tienen a veces opiniones que sólo sirven para ver cada vez menos claramente. Sin embargo, como parte del proceso recién descrito, hay una ciencia que, legalmente, tiene que ser reconocida como la ontología particular del lenguaje. Esta ciencia es la lingüística. Dentro de esta ciencia hay grandes y pequeños aspectos de su único objeto, el lenguaje, que permite el trabajo a numerosos especialistas. La parte que dentro de la misma se ocupa *al modo de* la filosofía, del lenguaje, es la *Lingüística Teórica*. Ahora llegamos a un punto en estas reflexiones que era el que desde la primera línea nos interesaba alcanzar. La filosofía del lenguaje ya no tiene vigencia como empeño productivo. Su lugar lo ocupa, en la actualidad, la teoría del lenguaje o lingüística teórica. La superación de la filosofía del lenguaje se alcanza así a través del movimiento inmanente que ha seguido históricamente el conocimiento humano. Aunque fundada sólidamente sólo a comienzos del siglo XIX, la lingüística tiene ya los perfiles comunes fundamentales de las demás ciencias del espíritu y de la naturaleza.

Hay dos obras que hasta el más especializado de los lingüistas conoce aunque su propio radio de trabajo diste mucho del contenido de ellas. El *Curso de Lingüística General*, de F. de Saussure y la *Teoría del Lenguaje* de Bühler, son una pareja tutelar de todos los investigadores del lenguaje. Evidentemente, podrían citarse otras obras que están dentro de la misma línea, pero estas dos no podrían omitirse en ningún caso. La primera son apuntes de un verdadero *artesano* de la lingüística, de "un lingüista en mangas de camisa", como dice Bühler. F. de Saussure es un hombre que no sólo vivió en una época caracterizada filosóficamente, por su antifilosofismo, sino que a él no le interesaba nada más que aclarar el campo, cortaba aquí y allá para cercarlo y eliminar todo lo que lo tornaba complejo, a fin de poder trabajar empíricamente de manera confortable. Pero todo esto lo conduce inevitablemente a clarificar el ser del lenguaje. Desde entonces hasta ahora, toda la teoría del lenguaje, y gran parte de la investigación empírica, recibe como primera determinación la postura que toma en cada caso en relación con el pensamiento de F. de Saussure. Es una fuente viva y caudalosa del pensamiento lingüístico actual como ninguna obra filosófica podría pretenderlo. Karl Bühler —para tratar con adecuación sobre la naturaleza del lenguaje— se fugó de

la Psicología a la Lingüística. Su libro —mucho más teórico que el de F. de Saussure— tiene vigencia en la medida en que independiéndose de la filosofía y la psicología, desveló aspectos nuevos del lenguaje o formuló de distinta manera antiguos problemas planteados ya por gramáticos y lingüistas. Un dato relevante para asegurar todo lo que aquí se viene diciendo, lo constituye el hecho de que Bühler aplica el pensamiento axiomático del teórico de las matemáticas Hilbert para su análisis del lenguaje; no recurre, como cabría esperarlo, a determinadas teorías filosóficas.

Este par de ejemplos puede introducir certeza en quienes hayan pensado que la lingüística no vive —como las demás ciencias— de su propia labor ontológica.

Los dos grandes peligros de una visión adecuada del lenguaje son la excesiva generalidad y el atomismo exagerado. Lo que vale tanto como decir filosofía y gramática. Desde los griegos, estos dos modos extremos de referirse al lenguaje han estado, sin embargo, unidos entre sí. El gramático se ha apoyado tradicionalmente en la filosofía, especialmente en la lógica, y el filósofo ha usado siempre en sus especulaciones el modelo del habla humana que le ofrece el gramático.

La gramática se ha renovado en la medida en que la teoría del lenguaje le ha servido de inspiradora en lugar de la filosofía. La alianza de la filosofía y del gramático tradicional, explica que la teoría del lenguaje se haya abierto paso en pugna con ambos. Así como la filosofía enajena el lenguaje en generalidades metafísicas, el gramático lo pulveriza en articulaciones menores presididas por las categorías lógicas.

Los hallazgos de la lingüística teórica hay que verlos en contraste con estas dos disciplinas. El comparatismo del siglo XIX y el surgimiento del historicismo como un nuevo modo de pensar que comienza a fines del siglo XVIII, son los antecedentes claros que conducen a la moderna teoría del lenguaje. El descubrimiento de las funciones no lógicas del lenguaje muestra un proceso que ilustra con bastante claridad lo que venimos afirmando. No se podía esperar de la filosofía ni de su ancila la gramática, el descubrimiento de la expresión y de la apelación. Una formulación definitiva de la función no lógica por excelencia, de la mostración, se ha conseguido, no por casualidad, sólo últimamente. Ha habido que cumplir una tenaz etapa de rescate del lenguaje de los inveterados enfoques señalados para llegar a su raíz intuitiva. El propio carácter antropocéntrico del lenguaje, si bien nunca negado formalmente, sólo ha podido afirmarse con énfasis en la actualidad. Declinación de la filosofía del lenguaje —y de su epígono

la gramática— y surgimiento y madurez de la lingüística teórica se exigen así, recíprocamente. Lo primero resulta como efecto de lo segundo según hemos tratado de probar —y justificar— a lo largo de estas líneas.

Todo asunto puede enfocarse de múltiples maneras. Al decidirnos por una de ellas en lo que se refiere a las relaciones entre filosofía y lenguaje, hemos elegido, a plena conciencia, una aproximación que pretende ordenar los principales temas que conforman este campo. Cada uno de ellos queda así situado y puede ser profundizado luego de este primer desbroce aclaratorio. Además, hemos tratado de presentar este conjunto de temas de acuerdo con el desarrollo dinámico que ha permitido su aparición y sus respectivas vigencias. Al menos esperamos haber introducido cierto orden que sirva más adelante para consideraciones pormenorizadas.